

AL BORDE DE LA GUERRA

JULIO CAMBA

AL BORDE DE LA GUERRA

**ARTÍCULOS ESCOGIDOS
1934-1936**

PÁGINA INDÓMITA

© herederos de Julio Camba,
a quienes la editorial reconoce la titularidad
de los derechos de reproducción y su derecho a percibir
las retribuciones que pudieran corresponderles
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U., 2026
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano
Imagen de cubierta: Guardias civiles en la Revolución de Asturias
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: marzo de 2026

Todos los derechos reservados

ISBN: 979-13-990995-5-3
Depósito legal: C-2097-2025

ÍNDICE

Nota a la presente edición	9
AL BORDE DE LA GUERRA	13
La Revolución sin límites	15
La bata blanca del caudillo	19
La ortografía de la Revolución	23
Los dos complejos	27
Dibujos de almohadón	29
París, Londres, Berlín y Barcelona	33
Insultos en serie	37
Bábel, hombre anuncio	41
La Revolución y la Lotería	43
La trucha y el truchimán	45
Un ejercicio para fin de año	47
« <i>Haxádegos de cadeirádegos</i> »	51
La infancia de los políticos	53
La política y la magia	57
Los ruidos madrileños	61
Contra el ruido	65
El vago y el trabajador	67
Mendigos y millonarios	71

La igualdad	75
La moral en las playas	79
Turismo y filantropía	83
El viajero moderno	87
La zona del silencio	89
Palabras en peligro	93
Se necesita un traidor	97
Italianos y etíopes	101
La suerte de Etiopía	105
Una guerra mundial	107
Principios y consecuencias	109
La mercería internacional	111
Guerra a la guerra	115
El <i>bridge</i> y la guerra	117
Al borde de la guerra	119
Los psiquiatras y la guerra	121
La herencia humana	125
Índice onomástico	129

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Cuando se proclama la Segunda República en 1931, Julio Camba decide regresar a España desde Nueva York, donde es corresponsal del diario *ABC*. Consagrado ya como uno de los mejores columnistas del país, recibe el cambio político con esperanza, pero, al igual que otras destacadas figuras como Ortega y Unamuno, no tarda en experimentar la decepción: ve en la República, más que un cambio de régimen, un cambio de nombre del régimen, y echa en falta un nuevo espíritu público.

La censura clava entonces la mirada en Camba, y los periódicos españoles, deseosos de eludir los conflictos con la Administración, rechazan los artículos del autor cada vez con mayor frecuencia, lo que constituye un verdadero problema para él, pues dichos artículos representan su forma de ganarse la vida.

Pero el director de la editorial CIAP, Pedro Sainz Rodríguez, se compromete a comprarle todos los textos rechazados —pagándole el mismo precio que le hubiese pagado el periódico— para conformar después con ellos un libro. Y fruto de ese acuerdo verá la luz en el verano de 1934 *Haciendo de República*, volumen que hemos reeditado recientemente en Página Indómita y que incluye esos

escritos mencionados y los que se publicaron en el diario *ABC* en los meses de junio y julio, apenas semanas antes de que el libro viese la luz.

Dadas las circunstancias, y la extemporaneidad de algunos pasajes de la obra, no es de extrañar que esta fuese recibida con duras críticas en la prensa republicana y que no cosechase el éxito de los libros previos. El autor pagaba así el peaje de su radical independencia.

Sin embargo, desde esas fechas, y en especial desde el estallido de la Revolución de Asturias, en octubre de 1934, hasta el golpe de Estado que daría comienzo a la Guerra Civil en julio de 1936, Camba consigue volver a publicar asiduamente en la prensa.

En este volumen ofrecemos al lector una selección de esos artículos, en los que el autor aborda la situación social y política de una España marcada por el auge de los extremismos y el deterioro de la convivencia. Y después, dirige su atención al orden internacional de entreguerras, representado por la Sociedad de las Naciones, un orden que comienza a descomponerse ante el avance de las tendencias totalitarias.

Fiel a su espíritu ácrata, Camba dirige su afilada ironía contra los poderosos, contra la politización de todos los ámbitos de la vida y contra otros aspectos de la sociedad de su tiempo. Así, desde una España y un mundo camino del desastre, nos ofrece toda una lección de periodismo independiente y lucidez intelectual que cobra hoy una inquietante vigencia.

Todos los artículos aquí incluidos fueron publicados en el diario *ABC*, salvo el último, que vio la luz el 9 de junio de 1936 en *Ahora*, periódico para el que el autor trabajó como corresponsal en Londres desde inicios de ese año hasta el comienzo de la Guerra Civil.

En general, hemos respetado el orden cronológico, modificándolo solo ocasionalmente y en aras de la ilación temática —la fecha exacta de publicación de cada uno de los textos aparece bajo el título de los mismos—. Cabe señalar además que las notas al pie de página, que ofrecen información de contexto, corresponden a la presente edición.

AL BORDE DE LA GUERRA

LA REVOLUCIÓN SIN LÍMITES¹

ABC, 4 de noviembre de 1934

A mí no me sorprenden lo más mínimo las atrocidades cometidas por los revolucionarios en Asturias. Al contrario, las considero tan sólo como una pequeña muestra de lo que hubiera ocurrido en toda España si llega a triunfar la Revolución. En punto a horrores, la Revolución española hubiese dejado tamañita a la Revolución rusa, y no porque nuestra Revolución tuviese un ideal más avanzado que la Revolución bolchevique, sino, sencillamente, porque no

1. El autor aborda en este artículo, así como en varios de los siguientes, la Revolución de Asturias y sus consecuencias. El contexto es, de manera resumida, el que sigue: a principios de octubre de 1934, la crisis gubernamental y la posterior entrada de varios ministros de la CEDA en el gobierno de Lerroux es contemplada por la izquierda como una amenaza fascista. El día 5 del mismo mes, apenas 24 horas después de conocerse la formación del nuevo gabinete, estalla la huelga general revolucionaria, conocida como Revolución de octubre de 1934, que se prolonga hasta el día 19. Los principales focos de la rebelión son Cataluña, donde el día 6 el gobierno de la Generalidad presidido por Lluís Companys, de Esquerra Republicana, proclama «el Estado Catalán de la República Federal Española» —lo que lleva al gobierno español a decretar el estado de guerra, enviar al ejército y, tras sofocar rápidamente la rebelión, suspender la autonomía catalana— y sobre todo Asturias, donde tienen lugar los sucesos más graves. En esta región, a

tenía ideal de ninguna clase. No tenía ideal, no tenía propósito, no tenía objetivo y no podía, por tanto, tener tampoco límites previsibles. Es decir, que, en buena lógica, no había razón alguna para que nuestra Revolución respetase a los monaguillos y sacristanes después de haber degollado a todos los curas, y que lo mismo hubiese podido durar un par de horas que prolongarse indefinidamente por los siglos de los siglos.

Desde luego, todo movimiento revolucionario tiene como consecuencia un desbordamiento de las pasiones y ocasiona forzosamente crímenes y crueldades, pero aquí las cosas ocurrieron de otra manera. Aquí no se desbordaron las pasiones a consecuencia de la Revolución, sino que se decretó la Revolución precisamente para que se desbordasen las pasiones. Se tomó a esos pobres mineros de la cuenca asturiana, se les fue hinchando poco a poco de odio y de rencor y, cuando estuvieron a punto, ¡zas!, se les envió hacia el llano para que reventasen como sapos en medio de esta sociedad corrompida, que había cometido la avilantez

diferencia de lo ocurrido en el resto del país, la Alianza Obrera revolucionaria propuesta por el PSOE y la UGT, liderados por Largo Caballero e Indalecio Prieto, cuenta con la participación de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y la Federación Anarquista Ibérica (FAI).

Del 5 al 18 de octubre, Asturias conoce la revolución social de la mano de un ejército rojo compuesto por unos 30000 obreros armados: los mineros asturianos toman el control de gran parte de la región, ocupando fábricas, enfrentándose al ejército e instaurando un régimen socialista en las localidades dominadas por los socialistas (o los comunistas) y un régimen comunista libertario allí donde predominan los anarcosindicalistas. El gobierno responde enviando al ejército, dirigido desde Madrid por el general Franco, quien decide emplear a las tropas coloniales marroquíes y a la Legión y reprimir la revuelta con extrema dureza: el conflicto concluye con más de un millar de muertos, miles de heridos y cerca de 30000 detenidos.

de votar al Sr. Gil-Robles en vez de votar a los amigos del Sr. Prieto y el Sr. Largo Caballero.

Para los dirigentes del socialismo español la Revolución no era un medio, sino un fin. No era un procedimiento para transformar la sociedad, sino una plaga para exterminarla en forma de que, al no servir para ellos, no sirviese tampoco para nadie. No de otro modo se comprende el que nos estuviesen amenazando con la Revolución a todas horas. «Por lo visto — escribía yo ya en estas mismas columnas a comienzos del verano —, los socialistas españoles, o, a lo menos, sus dirigentes, se imaginan la Revolución social como una hecatombe, como una catástrofe espantosa, que ellos no desencadenarían nunca más que viéndose muy hostigados por sus enemigos y a modo de castigo ejemplar o de venganza sanguinaria. Algo así como si dijéramos el diluvio universal, los terremotos del Japón o las inundaciones del Misisipí».²

Y si éste es el espíritu con que los dirigentes socialistas predicaron la Revolución, ¿cómo puede sorprenderle a nadie lo que ha ocurrido en Asturias? Si en Rusia, donde la Revolución tenía un objeto concreto que la encauzaba y la limitaba, se cometieron los crímenes cuyo recuerdo estremece aún al mundo, ¿cómo pueden sorprenderle a nadie los crímenes de esta Revolución nuestra, desencadenada, en señal de protesta, contra el Gobierno del Sr. Lerroux? Para implantar el comunismo se puede estar matando gente tantos o cuantos días, hasta que el comunismo esté implantado. Y, si la protesta consistía precisamente en implantar el comunismo, ¿es que los dirigentes socialistas no creen

2. J. Camba, «La mano que aprieta», *ABC*, 17 de junio de 1934 —incluido posteriormente en el volumen *Haciendo de República* (1934), Página Indómita, Barcelona, 2026.

que este sistema social se justifique por sí propio y lo consideran tan sólo como un sistema social de protesta contra ciertos y determinados políticos burgueses?

En fin, de todos modos, y parodiando una frase ya célebre, es indudable que en Asturias no ha ocurrido nada más que lo que tenía que ocurrir.